

la escena internacional

Hernando PACHECO



Argentina: Nuevo Golpe, Nueva Dictadura

Desde el aire, la pampa argentina —en su conjunto las grandes tierras del pan llevar y del ganado en masa— es una aventura de la imaginación: 600 mil kilómetros cuadrados de unas tierras que reúnen las condiciones más favorables, más seguras y espléndidas del mundo para la formación de una gran cabaña ganadera. Los 72 caballos que desembarcaron en 1536 con D. Pedro de Mendoza encontraron, bajo sus cascos, el paraíso terrenal. En sus vientres nació el futuro.

Esa imagen desde el aire —y al nivel de la tierra— estará siempre en mi memoria. De la misma manera que cuando se vuela de Bagdad al Beirut mediterráneo, el tiempo y la vida cambian al traspasar el Monte del Líbano, donde queda en pie, como una nube de esperanza, el último bosque de cedros. Así, Argentina se ha hecho sobre la pampa y el estuario del Plata; sobre la imagen universal de Buenos Aires; en torno de la función histórica del gaucho —creador de una dimensión popular de la historia— y en función de las provincias heroicas —con su "cordobazo" en la memoria y el tiempo— levantadas, a la vez, contra la oligarquía terrateniente, los patricios bonaerenses y la clase comercial que identificara la bandera de sus prioridades, en el siglo XIX, con las del imperio británico.

Argentina es un mundo y el ejemplo concreto y objetivo de un modelo histórico. En la lucha de Argentina por la independencia está, en su esencia, la historia del continente. Las contradicciones entre la oligarquía terrateniente —asociada a la oligarquía exportadora— y la comercial representarían, en una escala considerable, una misma estructura que se identificó, por un tiempo, con el imperio británico urdido de carne y granos. El tránsito de la corona española a la inglesa no puede escribirse en una línea; posiblemente tampoco en un librito, sino en un análisis concreto de la transformación de las fuerzas productivas y los intereses imperiales.

nes militares de 1905 y las manifestaciones masivas del primero de mayo —de 1869 a 1914 se establecieron en Argentina 3 millones de trabajadores europeos que transportaban consigo la historia del movimiento obrero mundial— a partir de entonces. En 1916 el Partido Radical rompe las distintas alianzas conservadoras y lleva a la Casa Rosada, como presidente, a un líder popular: Hipólito Yrigoyen.

No es objeto de este artículo, limitado en el espacio y el tiempo, hacer el retrato, contradictorio, vital, populista y poderoso, de Yrigoyen. Hay que decir que sus defectos y virtudes serán, en cierto modo, representativos, de un lado, y definidoras, del otro, del nivel máximo de conciencia posible, en su tiempo y su clase: era hijo de pequeños propietarios.

En ese periodo presidencial Yrigoyen hace frente (1916-1922) a la presión de un poderoso sector de la burguesía comercial y financiera aliada, con los terratenientes, a Inglaterra. Durante la I Guerra Mundial, en la cual la Argentina radical es neutral, el país se enriquece. La carne y los cereales son el "petróleo" de su tiempo. Pero la riqueza acelera las contradicciones internas; suscita la crisis del campo y la represión afrentosa. Todo ello al mismo tiempo que se producían, por la presión social, una serie de medidas sociales progresistas. Incluso crea un primer monopolio estatal: los Yacimientos Petroleros del Estado. Visto a la distancia actual era una visión considerable.

No obstante, como en otras áreas latinoamericanas —excepto donde se produjeron revoluciones violentas y profundas—, las reformas modernizan la sociedad, crean otros modelos de relaciones sociales, pero no tocan la poderosa estructura oligárquica y, menos aún, disuelven la esfera sagrada de la propiedad terrateniente.

La herencia de Isabel —María Estela Martínez— y de López Rega, por muchos esfuerzos que hagamos, de alguna manera le corresponden. Fueron, durante muchos años, compañeros de ruta. Su paso ha sido nefasto para el país. No sólo porque López Rega recreará, desde el interior del aparato del Estado, la represión (Triple A) en un nivel más sectario y bajo, sino porque las fuerzas que desencadena determinarán, a su propio nivel, el espontaneísmo y el voluntarismo y, por tanto, la irracionalidad.

De todas las maneras, estos últimos meses agónicos y trágicos para la Argentina no permiten —en mi caso en modo alguno— la menor concesión anecdótica. Ni López Rega ni la Presidente, desde el horizonte de análisis que se quiera, deben impedir la percepción crítica de lo esencial: la crisis de una sociedad entera en el marco de una crisis internacional que volvió a colocar el modelo económico en un punto inflacionario y social sin otra salida, infortunadamente, que lo que ha ocurrido: un golpe militar anunciado, previsto, prefijado, sonado y caracterizado por la previsión colectiva con la inicial renuncia a intentar encontrar otra alternativa.

ría, de igual manera, toda clase de espereanzas. El crecimiento poblacional, superior al de los países industriales, pero sin compasión con la explosión demográfica de los países subdesarrollados, permite al país crecer en medidas suficientes —quizá escasas— pero, sobre todo, racionales. Aquí vuelve a plantearse, sin duda, el gran tema histórico: pueblo alfabetizado y alimentado disminuye, indudablemente, su tasa de fecundidad natural. Argentina, en ese punto, está en el concierto de los pueblos industriales.

En otras palabras, Argentina posee razones, elementos y supuestos para tener esperanza racional. No obstante, el país sufre, hasta el fondo, las consecuencias directas e indirectas de un modelo económico cuyos indicadores a escala poseen características y estructuras —la historia mandando— clásicas del subdesarrollo. De ahí la dicotomía y la contradicción trágica entre unos y otros niveles; entre las causas de los fenómenos y las posibilidades reales. Ese conflicto inhibe, en muchas ocasiones, la capacidad crítica o autocrítica de muy inteligentes argentinos que se mueven, lo que es natural, entre esas 2 corrientes antitéticas: lo que hay de la Europa desarrollada en su corpus social y lo que existe de atraso oligárquico en la conducta y función de su sociedad a escala global. Considerar aislados los dos fenómenos es desatender —y no entender— esa doble variante real, categórica, de la crisis.

Lo cierto es que los herederos de María Estela Martínez de Perón tienen consigo una inflación galopante que se estima fue, en 1975, del 334.8 por ciento. De seguirse la tasa actual, será del 600 por ciento al finalizarse el año 1976.

El modelo industrial tradicional integra al país, además, en la dependencia el sector del caucho utiliza un 26 por ciento de insumos extranjeros, el sector metalúrgico, el 16.3 por ciento el de máquinas y aparatos eléctricos, un 15.3 por ciento; el químico, el 13.1 por ciento; el de los transportes, el 15.3 por ciento; el del papel, el 13.2 por ciento; y el de la farmacopea, el 50 por ciento.